

Mayo Chinchipe, el otro Fromativo Temprano

Francisco Valdez

▶ **To cite this version:**

Francisco Valdez. Mayo Chinchipe, el otro Fromativo Temprano. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, 2008, La Cultura Valdivia y el Proceso Formativo Ecuatoriano, 2nd epoca (1), pp.170-197. ird-01347332

HAL Id: ird-01347332
https://ird.hal.science/ird-01347332

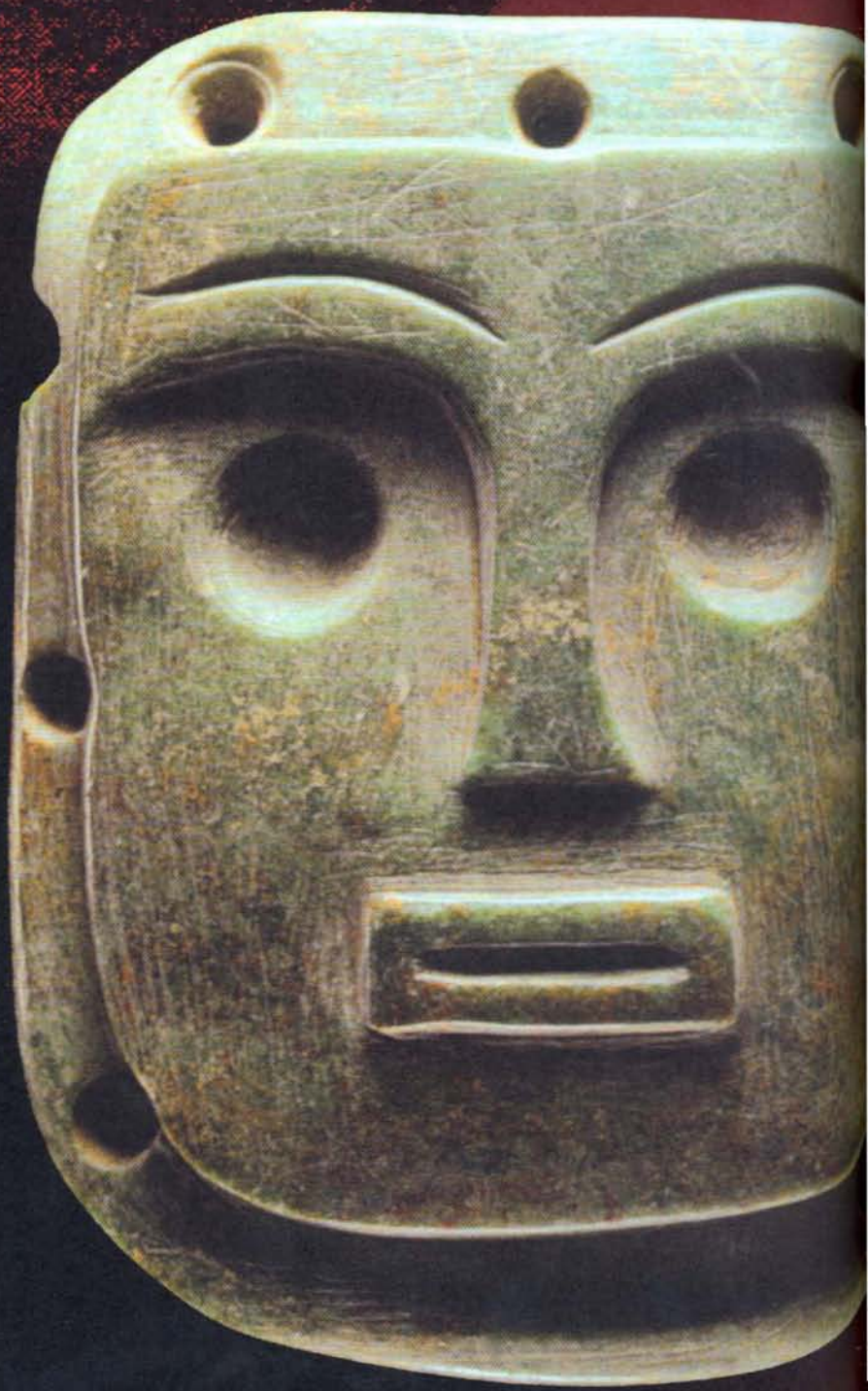
Submitted on 20 Jul 2016

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Mayo Chinchipe, el otro Formativo Temprano

Francisco Valdez, (IRD/INPC)



Introducción.

La noción de Formativo se inicia oficialmente en el país en 1956 con la publicación de Emilio Estrada, *Valdivia, un sitio arqueológico formativo en la costa de la provincia del Guayas, Ecuador.* Hasta entonces, la arqueología nacional tenía como marco de referencia los conceptos cronológico-culturales del esquema hipotético diseñado por Jijón y Caamaño (1952). Esta secuencia de las distintas etapas del desarrollo sociocultural de los pueblos del Ecuador precolombino dividía a la prehistoria ecuatoriana en tres grandes etapas : *Culturas Antiguas, Culturas Medias y Culturas Modernas.* La diferenciación entre cada etapa se basó en las distinciones conceptuales que Jijón elaboró a partir de varios tipos de evidencias materiales, tales como la cerámica, la escultura, las costumbres funerarias y la arquitectura de distintas partes del país. Empero, en la diferenciación de las culturas o civilizaciones, Jijón utilizó sobre todo la asociación de una serie de variaciones estilísticas alfareras con la estratigrafía de varios sitios que él excavó; en particular de los cortes de Guano y los de Manta (Jijón y Caamaño -1952- 1997:97-116).

En aquellos tiempos pioneros, las pocas investigaciones y la falta de una cronología absoluta limitaban seriamente la elaboración de esquemas conceptuales que reflejaran el desarrollo sociocultural prehispánico. La muerte de Jacinto Jijón privó a la arqueología nacional del único exponente que trató de elaborar una visión de conjunto de las exploraciones de campo que se realizaban esporádicamente a nivel regional. De hecho, con la muerte de Jijón la prehistoria de la sierra perdería a su mayor exponente hasta la década de los años 1970. En la costa, Bushnell desde los años 1940 y el grupo de Guayaquil, compuesto por Huerta Rendón, Zevallos Menéndez, Emilio Estrada Ycaza, Olaf Holm, Jorge Sweet y Raúl Maruri, realizaban investigaciones puntuales en varios paraderos arqueológicos. Individualmente o en conjuntos ponían en evidencia la presencia de diversas manifestaciones culturales en la parte central del litoral ecuatoriano, pero sin llegar a elaborar un esquema evolutivo de estas sociedades.

La noción de Formativo llega en la década de los años 50 utilizando los conceptos de Ford, Willey y Phillips que buscaban llegar a establecer una síntesis de la prehistoria del nuevo mundo, a partir de un enfoque histórico cultural, en el que se debían definir los grandes estadios del desarrollo de la humanidad (Willey y Phillips,1958). La noción de Formativo estaba ligada a una etapa en que los pueblos han comenzado a volverse sedentarios, a partir del desarrollo de una agricultura o de otras formas de producción de recursos alimenticios estables (i.e. pesca, recolección de mariscos). Estas dos características traen como efecto obvio el crecimiento demográfico y una mejor utilización el espacio. En un medio estable, las sociedades alcanzan una complejidad social mínima, en la que están ya presentes la alfarería, la textilería, la escultura en piedra y una arquitectura ceremonial especializada (idem: 146). Para ellos, este estadio de desarrollo sociocultural debió haberse dado entre el segundo y el primer milenio antes de nuestra era.

Con Emilio Estrada la arqueología del Ecuador se integra a este enfoque y Valdivia es la primera cultura ecuatoriana que figura en el Formativo americano. No hay duda de que el contacto intelectual que tuvo, desde 1953, este notable arqueólogo ecuatoriano con Betty Meggers y Clifford Evans influyó en su manera de interpretar las evidencias dentro de un marco evolucionista y difusionista. De hecho, cuando Estrada describe a la cultura material del paradero arqueológico de Valdivia deja muy en claro que esta cultura cae dentro del concepto de Formativo que utilizaba James Ford en la arqueología del suroeste de los Estados Unidos y en el Perú (Estrada, 1956; 1958). Cuando Meggers y Evans se asocian a la investigación de Valdivia las ideas de Ford se asientan con mayor firmeza, con una metodología estratégica orientada a buscar los sitios tempranos en paraderos costeros de distintas latitudes (Marcos 2003:7-11). Para ellos, el Formativo inicial aparece con una agricultura incipiente de maíz y asentamientos más o menos dispersos en zonas cercanas a la costa, donde la pesca y la recolección de mariscos aseguraban los contenidos proteínicos de la dieta.

A pesar de los cincuenta años que separan este hecho, la noción del período Formativo Temprano, con un marcado sesgo hacia un desarrollo casi exclusivo en la costa y en la llanura aluvial del Ecuador, se ha mantenido casi intacta durante mucho tiempo. Con el transcurso de los años, trabajos arqueológicos posteriores han demostrado la existencia -y hasta preferencia- de paraderos Valdivia tierra adentro, ubicados sobre los fondos de los valles fluviales de varias partes de la Península de Santa Elena y de Manabí. Así, la idea original de que el Formativo inicial estuvo ligado a la costa y a sus recursos marinos ha demostrado ya no tener cabida. Con el afianzamiento de la hipótesis de que una base agrícola sustenta la economía de estas sociedades, el fenómeno formativo puede darse, en teoría, en cualquier región del país.

Investigaciones arqueológicas en la sierra han demostrado la presencia de sociedades bien establecidas en distintas latitudes desde por lo menos el Formativo Medio (Villalba, 1988; Arellano,1994, 1999; Bruhns et al 1990; Bruhns 2003; Idrovo, 1992, 1999; Gomis 1999; Guffroy 2004; Temme, 1999, Ledergerber, 1999). Estos trabajos son ya bien conocidos por lo que no conviene detenerse en una presentación detallada. No se puede decir lo mismo de la investigación arqueológica en la vertiente oriental de los Andes y en la Amazonía que viene siendo tradicionalmente relegada en el país. Desde los trabajos pioneros de Bushnell (1946), Rampón (1959) o de Evans y Meggers (1968) hasta la presente fecha se ha hecho muy poco por conocer la prehistoria del Oriente ecuatoriano. En las décadas de los años 70 y 80, los esfuerzos de Pedro Porras en distintas partes de la amazonía lograron identificar materiales y contextos que reflejaban ocupaciones humanas durante el período Formativo (Porras 1975, 1978 y 1987 a y b). Una enumeración rápida de estas evidencias permite comprender el carácter fragmentario de la información de la que se dispone hasta el momento. En las orillas del río Misaguallí (un afluente del río Napo) Porras identificó materiales pertenecientes a una ocupación humana que él considera como el antecedente de su fase Cosanga. Las fechas asociadas la enmarcan entre el 1000 y el 300 a.C.. Esta fase fue denominada Cotundo y, según el autor, constituye la primera cultura del Formativo, identificada en la sección norteña de la cuenca Amazónica del Ecuador (Porras 1987b: 237-240). En la región de Macas, Porras identificó una fase llamada Pre Upano que supuestamente se ubicaría entre el 2750 y el 2520 a.C. Esta ocupación marcaría el inicio de la ocupación en el yacimiento que él denominó Sangay y que hoy se conoce también como Huapula.

Hacia el sur oriente, a orillas del río Huasaga, Porras identificó la fase Pastaza relacionada con la fase Kamihun del otro lado de la frontera política (DeBoer, 1975). No obstante, inconsistencias en los supuestos niveles tempranos de los materiales cerámicos y las fechas de C14 (2200-1000 a.C.) impidieron disponer de la precisión requerida para poder caracterizar correctamente a la llamada fase Pastaza. Stephen Athens ha tratado de solucionar este problema a la luz de los trabajos que él realizó en Pumpuentsa (Athens 1984 y 1990). Sus resultados dan fe de ocupaciones pertenecientes al Formativo final. En la cuenca alta del río Coangos, Porras encontró, en la Cueva de los Tayos, materiales funerarios de tradición Formativa asociados a una fecha de 1500 a.C. De especial interés resultaron ser un fragmento de botella de asa de estribo y un conjunto de adornos personales fabricados en nácar de concha marina junto con cuatro valvas de Spondylus. En la década de los 90, Paulina Ledergerber realizó prospecciones en la provincia de Morona Santiago. En un sitio que denominó El Remanso identificó niveles culturales con una fecha calibrada de entre 2630 - 2470 a.C. que ciertamente reflejaría una ocupación temprana del periodo Formativo (Ledergerber, 1995).

En definitiva, varias ocupaciones de un supuesto período Formativo han sido identificadas en la región oriental del Ecuador, pero el carácter limitado de su estudio no permite profundizar el análisis o una comparación adecuada de sus materiales (peor aún, de sus contextos). En el presente trabajo se presentará la nueva evidencia del Formativo Temprano, descubierta en la provincia de Zamora Chinchipe. Las fechas radiocarbónicas obtenidas en varios contextos arqueológicos del sitio Santa Ana-La Florida ubican su ocupación entre el 4960 y 3685 antes del presente (AP), o 3000 a 2000 antes de Cristo (a.C.). De hecho, ésta es la manifestación cultural más temprana que se haya encontrado hasta hoy al este de los Andes (Valdez et al, 2005). La nueva cultura arqueológica ha sido denominada Mayo Chinchipe, en razón del nombre de la cuenca hidrográfica en donde ha sido encontrada. Los datos recientemente obtenidos abogan por la necesidad de reconsiderar algunos postulados del Formativo americano.

Investigaciones arqueológicas en la Ceja de Montaña

La primera gran diferencia entre las culturas del Formativo Temprano de la costa y los pueblos selváticos del oriente es naturalmente el medio ecológico en que estos últimos se desenvuelven. El mar y sus abundantes recursos no están a su alcance, ni tampoco el estiaje que limita el crecimiento vegetal una buena parte del año . Si bien los recursos fluviales están presentes, estos son variables y de acceso difícil, dependiendo de la altura en que se ubican; pero en general, las diferencias son mucho más profundas y quizás menos restringidas de lo que se piensa a primera vista. La provincia de Zamora Chinchipe se compone casi enteramente por una orografía inclinada, que nace al filo mismo de la cordillera Oriental y baja paulatinamente, a través de repetidas sub-cordilleras hacia la planicie amazónica. De hecho, las alturas sobre el nivel del mar varían entre los 3000 y los 500m , siendo la mayor parte del terreno inclinado y agreste. La provincia tiene dos cuencas hidrográficas principales : la del río Zamora al norte, y la del río Chinchipe al sur. Su área total abarca más de 20 000 km2. La vertiente sur-oriental de la cordillera de los Andes es geográficamente una zona de transición entre el altiplano interandino y las tierras bajas de la llanura amazónica. En el Ecuador se la conoce tradicionalmente con el nombre genérico de Ceja de Montaña o Ceja de Selva. En este medio el agua está omnipresente, ya sea en la niebla, en la lluvia o en las vertientes que se forman y se nutren con las continuas precipitaciones. La inclinación del terreno provoca el desplazamiento abrupto y acelerado del agua a través de quebradas empinadas, que poco a poco se ensanchan para transformarse en los valles estrechos que caracterizan los afluentes de la cuenca hidrográfica del Chinchipe. Los ríos torrentosos se abren paso entre peñas y terrazas deleznables, llevando consigo una gran cantidad de limos y piedras de distintos tamaños. Por esta razón, los ríos no son navegables en la mayor parte del descenso.

En el bosque tropical húmedo, que crece a lo largo y ancho de la vertiente, la biodiversidad es inimaginable, de hecho es uno de los espacios más ricos del planeta en variedades de especies de plantas, aves y animales. Las mismas que se van alternando a medida en que se desciende por el terreno inclinado y quebrado. La selva de la vertiente oriental de los Andes ha sido considerada tradicionalmente

como inhóspita y malsana por la humedad constante que la caracteriza. Desde el punto de vista agrícola, el medio presenta dificultades por la inclinación acentuada del terreno en la que una capa húmica delgada se erosiona con facilidad. La humedad provoca la descomposición continua de la materia orgánica que cae y se transporta por gravedad, así los suelos tienen un grado muy alto de acidez que no favorece la conservación de restos biológicos o inclusive de muchos minerales.

Desde septiembre de 2001 se realiza en este medio un inventario de las evidencias arqueológicas de la provincia de Zamora Chinchipe. El proyecto es llevado a cabo en el marco de un convenio internacional de cooperación científica y asistencia técnica entre el Instituto francés de Investigación para el Desarrollo (Institut de Recherche pour le Developpement - IRD) y el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC). El objetivo es efectuar el reconocimiento arqueológico mediante la prospección sistemática de las principales cuencas hidrográficas de la provincia, las mismas que se hallan cubiertas principalmente por el bosque tropical húmedo que caracteriza los varios ramales de este tramo de la cordillera Oriental. En el presente trabajo se mencionarán únicamente las evidencias tempranas encontradas a lo largo de la cuenca del Chinchipe, particularmente las de la zona del cantón Palanda, que enmarca las cabeceras del río, en la región comprendida entre los pueblos de Valladolid y de Palanda. Hay que anotar que la actual frontera política entre el Perú y el Ecuador corta la cuenca hidrográfica en dos. La parte superior, más abrupta y húmeda, es ecuatoriana; mientras que la parte media e inferior, más amplia y con un régimen de lluvias más seco, pertenece al vecino del sur. Las cabeceras del Chinchipe tienen varios nombres, que cambian río abajo, a medida en que se engrosan sus aguas con el aporte de nuevos afluentes (Valladolid, Palanda, Mayo). Poco antes de cruzar la frontera, el río ya es conocido como Chinchipe, nombre que conservará hasta su confluencia con el río Marañón.

El sitio
Santa Ana-La Florida

En este escenario tropical, a media altura entre el altiplano andino y la planicie amazónica, se han reconocido las huellas de una antigua cultura, antes no registrada entre las tradiciones prehispánicas. En este proceso se han identificado varios conjuntos de vestigios arqueológicos que dan cuenta de las antiguas poblaciones asentadas a lo largo del territorio. Dados los escasos antecedentes de investigaciones en la región y la poca visibilidad arqueológica que impera en la selva, la prospección incluyó la realización de sondeos sistemáticos en varias localidades y la visita de colecciones de antigüedades en colegios y en manos particulares. Estos procedimientos revelaron la presencia de algunos conjuntos cerámicos, repartidos a lo largo de distintas ubicaciones altitudinales. En esta ocasión solo se tratará del conjunto más antiguo, cronológicamente perteneciente al periodo Formativo.

El principal indicio que guió la prospección en la cuenca del Chinchipe fue la presencia de varios objetos singulares, de piedra pulida, que procedían de distintas partes del sur de la provincia. Estos artefactos eran en su mayoría elementos de vajilla : platos, cuencos o tazones de colores diversos, así como unas cuantas figurillas antropomorfas. La información obtenida sobre estos artefactos los situaban en la cuenca del Mayo – Chinchipe y los afluentes que descienden desde la cordillera oriental, al este de Amaluza (Loja). Por otro lado, los objetos vistos se asemejan, desde el punto de vista tipológico, al material encontrado en la década de los años 60, por el arqueólogo peruano Pedro Rojas Ponce en un punto llamado Huaca Huayurco. Este sitio se encuentra en el actual territorio del Perú, en la confluencia del río Tabaconas con el Chinchipe, a poca distancia de su desembocadura en el río Marañón. Los materiales fueron identificados tentativamente como pertenecientes a una manifestación local del horizonte Chavín (Rojas Ponce, 1985; Burger, 1995:218-219).

El seguimiento de estos datos y la investigación en la cuenca alta del Chinchipe llevaron al descubrimiento de un sitio, hoy conocido como Santa Ana-La Florida, que sorprende por las características arquitectónicas que presenta. Trabajos realizados en este yacimiento llevaron a la identificación de una nueva cultura arqueológica, dotada de un conjunto de materiales cerámicos y líticos pertenecientes a una ocupación temprana. Trabajos de prospección en las zonas adyacentes reconocieron materiales similares en las cuencas de los ríos Valladolid, Palanda, Numbala, Vergel y Palmares. Todos estos ríos son afluentes del Chinchipe y se ubican entre 1500 y 800 m s.n.m. Los sitios aparecen dispersos en un medio ecológico de ceja de montaña, con valles estrechos bastante escarpados, que han sido tradicionalmente las vías de acceso hacia la serranía de la provincia de Loja.

El punto focal de estudio de la nueva cultura es el sitio Santa Ana-La Florida localizado al fondo de un valle estrecho, sobre una terraza fluvial a orillas del río Valladolid. El sitio cubre una extensión plana de aproximadamente una hectárea, con limites físicos claros, como son el río por el norte y el este, el escarpe de la sierra vecina por el occidente y una depresión acentuada que baja desde la cordillera por el extremo sur. Se trata de un yacimiento con restos arquitectónicos, hoy semi-aparentes en superficie. El manto de la vegetación selvática y una capa húmica somera habían recubierto las huellas de varias estructuras de piedra, que aparecen dispersas sobre la parte más plana del yacimiento. El sitio ha sido parcialmente explorado en los últimos cuatro años, con la limpieza de la vegetación tropical y la puesta en valor de algunos vestigios arquitectónicos. Esto ha permitido realizar un plano topográfico de las evidencias superficiales. En la actualidad el yacimiento se encuentra cortado, de norte a sur, por un camino secundario construido hace diez años por el municipio de Chinchipe. Este camino divide físicamente al asentamiento en dos sectores, que de paso parecen ser dos unidades funcionalmente bien diferenciadas.

En superficie, los trabajos de exploración de la parte occidental del sitio han revelado una trama arquitectónica poco usual en los yacimientos arqueológicos del Ecuador. El conjunto de vestigios hasta hoy expuestos se compone principalmente de varias estructuras circulares u ovaladas dispuestas en torno de un espacio cerrado por un círculo de doble hilera de piedras (¿muro enterrado?), que tiene 40 m. de diámetro. Éste se ubica en el centro de la terraza y parece haber sido el eje de las actividades realizadas en el yacimiento. En la parte interna de la delimitación circular se han despejado tres estructuras de forma más bien rectangular que se ubican simétricamente opuestas entre si. En la parte exterior del gran círculo, se agrupan varias estructuras circulares, con diámetros que varían entre 5 y 9 m. Dentro del trazado arquitectónico se anota la voluntad de diferenciar algunas estructuras de otras, ya sea por su posición dentro o fuera del círculo central, o por la forma general de la geometría de su aparente cimentación. Las formas externas son circulares, mientras que las internas tienen ángulos rectos paralelos. Hasta ahora no se conocen las funciones reales de las estructuras, pero resulta obvio que la forma debió tener relación con la naturaleza de las actividades que allí se realizaban. De hecho, la función de las estructuras –circulares o rectangulares- no está aún definido, pero el hecho de no haberse localizado aún depósitos de desechos domésticos superficiales excluye eventualmente la posibilidad de que sean áreas de simple vivienda. En realidad, en todo el extremo occidental del yacimiento, los depósitos culturales son más bien escasos, lo que puede implicar un cuidado especial en la limpieza de este sector.

El extremo oriental de la terraza presenta un patrón arquitectónico muy distinto. En el filo de la terraza que se proyecta sobre el río, se aprecia la intervención humana en la construcción de un bancal que prolonga la terraza plana en este sector de curvas de nivel decrecientes. Sobre el cauce del río, el escarpe irregular ha sido aplanado y consolidado con una serie de contrafuertes circulares que sostienen el lado sur-oriental del farallón. Estos antiguos

trabajos constructivos se hicieron evidentes en la limpieza y consolidación de un sector de la terraza, afectado por labores de huaquería efectuadas en un pasado reciente por buscadores de tesoros. Un gran desbanque de más de 50 m2 había cortado el extremo sur oriental del yacimiento, regando sobre el cauce del río evidencias de los vestigios arquitectónicos. La excavación de rescate realizada en este sector demostró el carácter artificial de esta parte de la terraza. La información que se presenta a continuación revela que el extremo oriental del sitio había sido construido y preparado como un espacio sagrado, muy rico en elementos arquitectónicos simbólicos, enterrados a distintas profundidades y que además contenían depósitos funerarios. La intervención de rescate permitió evidenciar y comprender varias técnicas empleadas en la construcción artificial de la parte oriental de la terraza. Contextos cerrados han permitido además el fechamiento de varios elementos constructivos y de algunos contextos culturales del sitio. Esto ha permitido ubicar la ocupación del yacimiento entre el 4960 y el 2930 antes del presente (AP), con una fecha promedio de 4323 AP o de 2373 antes de Cristo (Tabla 1). Esta cronología sitúa al sitio Santa Ana-La Florida en las etapas Temprana y Media del período Formativo.

El conjunto de las primeras evidencias rescatadas sugiere que este yacimiento fue quizás un centro de reunión cívico-ceremonial, dotado además de un sector destinado a servir como cementerio de personajes relevantes. Su emplazamiento parecería anodino sino fuera por la convergencia natural que presentan las cuchillas y las terrazas circundantes. El sitio ha sido edificado sobre una depresión plana cerca de una curva del río. El asentamiento se encuentra físicamente circunscrito al fondo del valle fluvial. Por otro lado, su ubicación resulta estratégica desde el punto de vista de las vías naturales de comunicación. El cauce y las márgenes del río Valladolid son el acceso hacia la sierra centro-oriental de Loja. A unos 400 metros aguas abajo del sitio se da la confluencia del río Palanda, que desciende desde la sierra (3200 m) abriendo el camino a través de los contrafuertes de Silván y Calima, que limitan con la región sur oriental de Loja. De la misma manera, las cuchillas de las sierras circundantes han sido el camino tradicional para bajar rápidamente de la cordillera alta hacia las tierras bajas. En varias partes persisten aún los senderos curvilíneos cavados, a manera de zanjas, a lo largo de las cuchillas. Estos caminos llevan varios nombres : culuncos en la sierra norte y camellones en la sierra sur oriental del Ecuador. Aunque no se sabe a ciencia cierta si todos fueron usados durante épocas tempranas, su presencia con accesos cercanos al sitio se presta a la elaboración de una hipótesis de trabajo en este sentido.

Tabla 1.
Dataciones radiocarbónicas del sitio Santa Ana-La Florida (cantón Palanda, Zamora Chinchipe).

Número Laboratorio	Edad radiocarbónica medida	Calibración 2 Sigmas	Edad radiocarbónica media	Contexto
Beta – 197175	4300 ± 40 AP	3010–2880 aC (4960–4830 AP)	2945 aC / 4895 AP	Nivel ocupacional –150 cm
GX#30044	4000 ± 71 AP	2857–2301 aC (4807–4449 AP)	2579 aC / 4628 AP	Terraza artificial, piso quemado – 40 cm
GX#30043	3990 ± 70 AP	2841–2294 aC (4791–4422 AP)	2568 aC / 4607 AP	Hoguera ceremonial – 90 cm
Beta – 172587	3860 ± 40 AP	2460–2300 aC (4410–4250 AP)	2380 aC / 4330 AP	Hoguera ceremonial – 90 cm
Beta – 188265	3830 ± 70 AP	2470–2040 aC (4420–3990 AP)	2255 aC / 4205 AP	Terraza artificial, piso quemado – 50 cm
Beta – 188263	3820 ± 40 AP	2395–2375 aC (4345–4325 AP)	2385 aC / 4335 AP	Terraza artificial, piso quemado – 90 cm
Beta – 210219	3790±160 AP	2620-1750 aC (4570-3700) AP	2185 aC / 4135 AP	Terraza occidental – 22-33 cm
Beta – 214742	3700±60 AP	2450 - 2040 aC (4400 - 3990 AP)	2265 aC / 4215 AP	Tumba de pozo, sello de la entrada – 60 cm
Beta – 197176	3700 ± 40 AP	2270 – 2260 aC (4220–4210 AP)	2265 aC / 4215 AP	Tumba de pozo contexto interior – 220 cm
Beta – 188266	3690 ± 40 AP	2190–2170 aC (4140–4120 AP)	2180 aC / 4130 AP	Hoguera ceremonial – 75 cm
Beta – 188264	3660 ± 90 AP	2205–1735 aC (4155–3685 AP)	1970 aC / 3920 AP	Terraza artificial, piso quemado – 50 cm
Beta – 210217	3480±70 AP	1940-1600 aC (3880-3550) AP	1770 aC / 3505 AP	Sitio temprano GPS-401 – 110 cm
Beta – 210218	3140±70 AP	1520-1200 aC (3460-3150) AP	1360 aC / 3305 AP	Terraza occidental – 20-30 cm
Beta – 181459	2930 ± 150 AP	1485–800 aC (3435–2750 AP)	1143 aC / 3093 AP	Perfil corte camino, nivel carbón – 145 cm
Beta – 188267	2280 ± 40 AP	395–200 aC (2345–2150 AP)	298 aC / 2248 AP	Terraza occidental cerámica Tacana – 35/55 cm

Evidencias contextuales

El saqueo reciente de la parte oriental del sitio obligó una intervención de rescate para rehacer una parte de los contrafuertes y consolidar el suelo antiguamente construido. Estos trabajos permitieron la exploración detallada del sector adyacente, donde se encontraron algunos rasgos que ya se han detallado en otras publicaciones (Valdez, 2007 a, b, c). En esta ocasión se hará solo un simple recuento de las evidencias principales.

El extremo oriental de la terraza fue parcialmente construida y acomodada para prolongar la planicie que viene desde el extremo occidental. Las curvas de nivel que bajaban hacia el cauce del río fueron rellenadas sistemáticamente para elevar la superficie del suelo y formar una plataforma regular sobre el escarpe del río. El sistema constructivo empleado involucró la consolidación del terreno mediante una serie de muros concéntricos ubicados a distancias regulares entre los estratos de relleno artificial. Estos se hallan enterrados y en determinadas partes llegaron a tener más de tres metros en profundidad. La forma general de la terraza debió haber sido originalmente casi rectangular, pero la acción de los huaqueros destruyó una buena parte de la misma y no se sabe su extensión original. En la actualidad se puede apreciar la cabeza de por lo menos tres muros que actúan como contrafuertes circulares y sostienen el lado sur-oriental del escarpe. Lo curioso es que estos muros desempeñaban además una función simbólica, pues su forma concéntrica tenía un punto de origen central, desde el que se desplegaban varias líneas de piedra, dándole al conjunto una forma general de un espiral. El punto central resultó ser una hoguera en forma de cubeta, de aproximadamente un metro de diámetro. Al interior de esta hoguera se encontraron varias ofrendas líticas. El conjunto de objetos incluyó un pequeño cuenco de piedra, que cubría un mascarón antropomorfo de piedra verde. Sobre un costado apareció otra efigie similar, junto con varios centenares de pequeñas cuentas de turquesa. Estas y otras ofrendas fueron quizás depositadas *ex profeso* al momento de realizar algún rito. Las ofrendas son elementos de adorno personal que, dadas las materias primas y los motivos representados, pueden ser interpretados como elementos distintivos de un rango social particular. La excavación en área del sector demostró que una parte del subsuelo de la terraza había sido utilizado como un espacio funerario, muy rico en elementos arquitectónicos simbólicos, enterrados a distintas profundidades.

La más importante de las estructuras funerarias resultó ser una fosa, a manera de tumba de pozo, cuya cámara reposaba a más de 2 metros bajo el nivel de la superficie actual. El pozo que da acceso al depósito, tuvo diámetro de más de 90 cm, su contorno estuvo revestido de piedras superpuestas. Un rasgo curioso detectado en el relleno fue la presencia de cuentas de turquesa, dispersas a lo largo de los casi dos metros de estratos que cubrían la cavidad del pozo. Las cuentas se hicieron más frecuentes en la base de la cámara y de hecho fueron señalando la ubicación de los despojos y sus ofrendas. La planta de la cámara funeraria tuvo una forma ovalada de aproximadamente 2 m de ancho. Su excavación reveló que los restos habían sido dispuestos siguiendo el perfil en arco del recinto. Desgraciadamente la acidez del suelo no permitió la conservación de las partes óseas o de otros materiales de origen orgánico. Sólo se encontraron huellas e improntas de algunos huesos largos junto a ciertos objetos del ajuar mortuorio. Este hecho limita toda interpretación sobre el posible número de individuos presentes, la posición y orientación de los cuerpos. No obstante, la riqueza del depósito ha permitido sacar un sinnúmero de inferencias sobre la naturaleza de la sociedad que ocupó el sitio.

Al parecer se dieron por lo menos dos episodios de utilización de la tumba, de los que el segundo ha dejado los testimonios más claros. Se infiere que hubo un contexto original que fue alterado en el momento en que se hizo el segundo depósito. Prueba de ellos son los restos fragmentados de un recipiente cerámico que se encontraron esparcidos en varias partes del relleno la planta. El cuello completo de este objeto, así como otros tres recipientes, igualmente fragmentados, fueron descubiertos en su emplazamiento original, debajo de un conjunto funerario aparentemente posterior. Sin embargo, ambos episodios no debieron estar muy separados entre si en el tiempo, pues la tipología de los objetos cerámicos de ambos momentos es idéntica. Asímismo, las fechas C14 obtenidas a partir del carbón asociado al depósito funerario coinciden con la fecha en que se selló la entrada a la tumba con una capa de piso quemado. Las fechas convencionales de C14 obtenidas ubican la utilización de la tumba hacia el 3700 AP. No obstante, al corregir y calibrar estas fechas, el episodio se sitúa entre el 4400 - 3990 AP (2450 - 2040 a. C.). Siendo estas fechas las que marcan el punto de utilización final de la tumba, ambos episodios debieron darse necesariamente antes de sellar el piso de la entrada. Naturalmente, estas fechas ubican cronológicamente al conjunto de los objetos encontrados en este depósito cerrado.

Al llegar a la base del conducto vertical, el estrato del relleno cambió y se volvió algo más suelto y oscuro. Al retirar este sedimento se comenzó a exponer las distintas partes del depósito funerario. Aparecieron así tres sectores, más o menos bien individualizados por el tipo de ofrendas y sobre todo por la depositación intencional de los restos fragmentados de una concha Strombus. Las improntas de huesos largos en la tierra se evidenciaron en dos sectores junto a las ofrendas en cerámica, lítica y concha. La exploración de la cámara fue revelando los distintos elementos del depósito, del que se recuperaron ocho recipientes cerámicos, tres cuencos de piedra pulida y un pequeño mortero ornitomorfo lítico. A lo largo del depósito se encontraron cientos de cuentas de turquesa y de pseudo malaquita, muchas de las cuales pudieron haber estado cocidas a textiles, desgraciadamente no conservados. Los recipientes cerámicos ocuparon el extremo norte y nororiental de la cámara; mientras que los cuencos líticos fueron dispuestos hacia el extremo este. En el extremo sureste de la planta se encontró un recipiente ("caja de llipta") en forma de un coquero antropomorfo, asociado a varios elementos de adorno en turquesa. La distribución en arco de los depósitos sugiere que el , o los, cuerpos debieron estar ubicados hacia el centro de la cámara, permitiendo un acceso limitado desde la boca del pozo. Las evidencias que sugieren la redeposición de objetos funerarios sobre los contextos originales, alterando y rompiendo algunos de ellos. Este hecho podría indicar que la tumba fue utilizada quizás como una cripta de personajes notables dentro del perímetro de un espacio sagrado.

Otros depósitos funerarios menores que se encontraron dentro de las líneas concéntricas del presunto espiral sagrado, al sur este de la tumba principal, incluyeron dos conjuntos aislados, a distancias relativamente cortas del núcleo. Uno se encontró a menos de dos metros y contuvo lo que pareció ser un entierro secundario, envuelto en algún textil desaparecido. El rasgo se presentó como un espacio rectangular de 70 cm de largo por 40 cm de ancho, cubierto por innumerables cuentas de turquesa esparcidas en su interior. Un cuenco de piedra arenisca y una hermosa botella de asa de estribo completaron el ajuar funerario.

El segundo contexto, estuvo separado del otro a unos 10 m en la misma dirección. Fue localizado en la pared del escarpe del río, parcialmente expuesto por la erosión. El conjunto incluyó un cuenco pulido de andesita, varias cuentas de turquesa y los restos muy descompuestos de la base de un

cráneo. Dadas las circunstancias de su hallazgo no se puede asegurar si se trató igualmente de un entierro secundario. En esta misma dirección trabajaron los buscadores de tesoros que desbancaron el extremo sur oriental del yacimiento. Al parecer estos individuos encontraron igualmente entierros con ofrendas semejantes, y por ello persistieron en sus actividades ilícitas durante un cierto tiempo.

Hacia el extremo opuesto del espiral (lado occidental), el corte del camino antes referido, provocó la destrucción de uno o varios depósitos funerarios que estaban igualmente inhumados dentro de la zona artificialmente nivelada. Algunos de los objetos rescatados al momento de la construcción del camino, son conceptualmente idénticos a ciertas de las ofrendas excavadas en los trabajos de rescate. Esto sugiere que toda el área construida como un espacio sagrado pudo haber sido destinada a ser un camposanto de individuos prominentes. Desgraciadamente nunca se podrá saber la extensión del mismo ya que los trabajos de construcción de una vía pública y las actividades de huaquería destruyeron una buena parte del área modificada antaño por el hombre.

La excavación de los contextos arquitectónicos y funerarios permitió evidenciar el origen de muchos de los materiales líticos que se habían registrado en varias colecciones particulares de la región. Al mismo tiempo que se pudo autentificar las informaciones obtenidas en varias localidades de la cuenca del río Chinchipe. Como se verá más adelante, en la descripción de los objetos extraídos, la tipología y la iconografía de los objetos líticos y cerámicos encontrados en la prospección arqueológica concuerda perfectamente con los materiales extraídos en la excavación controlada. Su filiación cultural y su cronología están así aseguradas, ampliando el rango de informaciones sobre esta nueva cultura arqueológica del Formativo.

Caracterización del material cultural Formativo de la Ceja de Selva

A pesar de que las exploraciones en el sitio Santa Ana-La Florida han sido escasas, los resultados han permitido aislar dos tipos distintos de cerámica perteneciente a una época temprana. Un tipo tardío ha sido igualmente identificado como perteneciente a los llamados grupos Bracamoros (Proto-Jivaros); esta alfarería precolombina, que se enmarcan dentro de la tradición de la cerámica corrugada de la amazonía (Guffroy, 2006), no presentan ninguna similitud los tipos del Formativo hasta ahora encontrados.

Los conjuntos más tempranos aparecen en la estratigrafía del sitio, por debajo del material corrugado. Sus diferencias cronológicas no están aún bien establecidas, pero parece claro que hay una marcada filiación tecnológica y estilística entre ambos. El primero ha sido denominado Tacana y corresponde a una variedad de cerámica delgada, bien trabajada y con decoraciones plásticas que incluyen el uso de pintura roja, crema o gris en unión con trazos incisos finos de figuración geométrica. Las pastas son bien preparadas y contrastan marcadamente con las de la tradición corrugada que tiene una pasta gruesa, más bien burda. La cocción es óptima, dando un color externo beige, con gamas entre el bayo pálido y el café rojizo. Un regularizado concienzudo ha dejado las superficies suaves al tacto, con una textura uniforme. Las pinturas o engobes se conservan mal en el suelo ácido, pero sus restos demuestran el esmero que se empleó en su aplicación. Las formas incluyen recipientes abiertos (cuencos / platillos) y recipientes cerrados (ollas de cuello corto, ligeramente evertido, cántaros de cuello alto, de paredes rectas y labio reforzado con una banda en la cara exterior). La fecha inicial de este grupo no están aún bien definida, pero hay una datación para un contexto de 2280 ± 40 AP, que podría corresponder a la parte final de esa ocupación.

El segundo conjunto, denominado *Mayo Chinchipe,* presenta muchas semejanzas con el anterior, pues comparte las características finas de la pasta. No obstante, de lo que se conoce hasta ahora, difiere en ciertas formas y técnicas decorativas. El color interno de la pasta es de color naranja ladrillo, con tonalidades entre rojizas y beige. La cocción es oxidante total. La granulometría es homogénea, pero no siempre fina. La coloración exterior va del rojo ladrillo al negro tiznado, siendo usuales los fragmentos de color beige claro. No se ha identificado todavía el uso de pigmentos o engobes de color, por lo que las superficies son monocromas y sus diferenciaciones reflejan distintos tipos de arcillas y variaciones en el tipo de cocción. El beige tiene un acabado liso, bien regularizado y homogéneo, pero no propiamente pulido. En la fragmentería se observa que la mayoría de los tiestos pertenecen a cuencos, de tamaño pequeño o mediano. La diferencia principal con el conjunto anterior es que se trata de una loza monocroma, donde no se han visto restos de pigmentos o pintura que se diferencie de la pasta propiamente dicha. La decoración es variada, yendo de la incisión fina al acanalado profundo en la superficie externa y en los labios de algunos recipientes. Otra técnica común es el punteado, que a veces se puede combinar con la incisión lineal para formar motivos sencillos. La impresión de círculos con un canutillo delgado también se registra en algunos tiestos. En pastillaje la modalidad es la aplicación de pequeños botones. Las formas son variadas e innovadoras, incluyen cuencos o tazones, recipientes carenados, ollas globulares u ovoides, botellas de cuello angosto y, sobretodo las de asa de estribo con un pico alargado. Las fechas asociadas a este conjunto son las más tempranas que se hayan reportado hasta ahora para los complejos culturales del este de los Andes (4300 ± 40 / 2930 ± 150 AP, Tabla 1). Las ofrendas cerámicas de las tumbas excavadas pertenecen a este conjunto, pues a pesar de mostrar formas complejas, sus características tecnológicas (pasta, técnicas constructivas, acabados de superficie y cocción) son idénticas.

La prospección de las regiones vecinas reveló que esta cerámica está presente a lo ancho de las cordilleras de la Ceja de Selva. Estos rasgos tecnológico-estilísticos no tienen antecedentes en esta parte del país, pero tiene una similitud conceptual con la cerámica contemporánea de las fases 3 a 5 de Valdivia, en la Costa ecuatoriana (Marcos, 1978; Staller 1994). Rasgos tecnológicos que incluyen acanalado, incisión, punteado e impresión con canutillo han sido igualmente anotadas en las colecciones de la alfarería del sitio Trapichillo del valle del Catamayo en la Provincia de Loja. Esta cerámica pertenece a la tradición Catamayo identificada a fin de la década de los años 1970 por el grupo de investigadores del IFEA (Guffroy et al., 1987; Guffroy 2004). Aunque esta tradición es menos antigua que la encontrada en Zamora Chinchipe, parece compartir muchas de sus formas y modalidades tecnológicas que sugieren nexos e interacciones a través del tiempo y del espacio.

De las ocho vasijas encontradas en la primera tumba, tres son pequeñas ollas abiertas de aparente carácter utilitario. La pasta de estas es la misma que se ha descrito y no presenta una diferencia particular de la de los recipientes de apariencia más sofisticada. Los otros cinco ejemplares son particularmente informativos, pues podrían ser considerados como parte del ajuar que afirmaban la personalidad y el estatus del, o de los individuos inhumados. La presencia de cuatro botellas de asa de estribo, cuyo estado de conservación no revela desgaste, hace pensar en que se trató de ofrendas especiales, destinadas a demostrar la jerarquía social que su poseedor tenía en vida. La variedad de formas de estos recipientes es interesante, pues cada una refleja aspectos estéticos vinculados con una realidad social particular.

La presencia de botellas de asa de estribo constituye una primicia que sugiere a la cuenca del Mayo Chinchipe como un posible punto de origen. Hasta ahora se consideraba que la manifestación más antigua de esta modalidad tecnológico-estilística (1800 a 900 a.C.)

procedía de la costa Pacífica ecuatoriana. Botellas de este tipo habían sido identificadas en los contextos tardíos de la cultura Valdivia –sitio La Ermerenciana– y en la vecina cultura Machalilla (Staller, 1994: 384; Meggers et al.,1965). Una manifestación serrana, casi contemporánea, procede del sitio Cotocollao, ubicado en el Valle de Quito (Villalba, 1988:173-176). Sin embargo, de acuerdo a las fechas radiométricas obtenidas del contexto de la tumba (2400 a.C.), parecería que la forma surge al otro lado de los Andes, en la ceja de selva del sur oriente ecuatoriano. Las asas del conjunto Mayo Chinchipe se diferencian de las de la costa y de la sierra norte por tener el pico largo y esbelto. El labio del pico tampoco presenta el reforzamiento pronunciado que tienen los ejemplares antes mencionados. La forma asa de estribo desaparece de la tradición cerámica de los Andes Septentrionales al final del Formativo Medio, mientras que aparece a partir del Horizonte Temprano en el Perú, convirtiéndose en una de las formas clásicas de todas sus grandes culturas prehispánicas hasta la llegada de los Incas.

Las botellas encontradas en la tumba son impactantes por la variedad de motivos que reflejan valores simbólicos complejos, muy andinos. Quizás la más importante sea un recipiente que presenta una efigie a cada lado de la botella. Esta representa dos aspectos de una faz humana emergiendo de una concha Spondylus abierta. Los gestos faciales son opuestos, la primera muestra una expresión armoniosa, casi jovial, con el mentón y las mejillas redondeadas y con la boca entreabierta. El lado opuesto presenta una cara más enjuta, con una expresión parca. El ceño parece estar fruncido, con la parte inferior de la cara alargada por la representación de una boca en forma de T. El labio superior permanece horizontalmente rígido, mientras que el inferior se parte en la mitad y desciende en línea recta hacia el mentón. Esta figuración de la boca recuerda a la representación del hocico de felino que aparece en la cerámica contemporánea de las fases intermedias de la cultura Valdivia de la costa Pacífica. La sutil alusión al litoral se ve reforzada con la representación de la concha marina, en la que los rasgos típicos de la bivalva se ven figurados mediante botones sobrepuestos en pastillaje.

Una segunda botella imita una calabaza, lobulada dotada de una asa de estribo notable. La representación de una forma natural tan realista refleja el vínculo estrecho del hombre con su medio (Cummins, 2003). La forma de las otras dos botellas representan figuras artificiales, geométricas e ingeniosas. La primera se compone de dos partes, el asa prominente que emerge del recipiente que tiene la forma de un círculo tubular. La segunda combina dos figuras geométricas en una. Se ha modelado un cuerpo cúbico alargado con los frentes plano-rectangulares. El diseño geométrico de estas dos botellas se opone a las formas naturalistas de las primeras, demostrando la capacidad de abstracción e innovación que tenían los maestros alfareros de la época.

El último recipiente cerámico encontrado en la tumba es una pieza excepcional, tanto por sus cualidades estéticas, como por sus implicaciones rituales. Se trata de un cuenco cerrado, dotado de cuatro pequeños soportes cónicos, del que emerge una cabeza antropomorfa. En la representación, una de las mejillas del individuo está abultada y la boca presenta una mueca por la deformación del cachete. En el interior del recipiente se encontró una sustancia blanca, que al ser analizada resultó ser carbonato de calcio[6]. De toda evidencia se trata de una caja de *llipta* (ceniza), donde se mezcla cal con las hojas de coca antes de mascarlas. Este proceso permite que se liberen los alcaloides de las hojas, al humedecerlas en la boca con la masticación. La calidad escultórica de la pieza es notable e innovadora, se trata de una de las primeras manifestaciones de escultura humana hueca. Su factura delicada y el realismo de sus rasgos no tiene antecedentes en la alfarería precolombina. Por otro lado, se debe señalar que esta figurilla resulta ser la representación cerámica más antigua de un coquero en América.

6. Identificación hecha por el Dr Bernard Gratuze, Institut de Recherche sur les Archéomatériaux (IRAMAT, UMR 5060), CNRS, Orléans, France

De la tumba 2, encontrada en la parte sur oriental del núcleo del espiral, viene otra botella de asa de estribo, fitomorfa que imita el cuerpo de un zapallo lobulado, reposando sobre un soporte cúbico. La delicadeza de su pasta solo se iguala con la armonía de sus líneas. El asa es alta y espaciada, con los tubos convergentes formando un arco elegante que termina en un pico tubular alto y esbelto.

Arte Lapidario

El trabajo de la piedra es la característica más sobresaliente de la cultura Mayo Chinchipe, éste incluye la producción de varios elementos de vajilla, morteros y figuras humanas esculpidas en un estilo muy naturalista, cargado de símbolos que aluden a una ideología poderosa propia de la selva tropical (Lathrap, 1970: 45-47; Lathrap et al., 1975). El arte lapidario incluye también un buen número de elementos de adorno personal con una icnografía recurrente de serpientes, aves y otros seres del bosque húmedo. Los ornamentos son lentejuelas, plaquetas, cuentas de collar y pendientes de piedras verdes (turquesas, seudo malaquitas, amazonitas, etc)[7], con un buen número de entre ellos que debió estar cocido a textiles que no han sobrevivido a las condiciones del medio tropical.

El trabajo de la piedra es una actividad lenta y larga que requiere de un cierto grado de adiestramiento, por lo que se puede considerar que fue ejecutado por especialistas, que conocían las propiedades de las distintas variedades de los minerales, y muy probablemente el lugar de su obtención. Por otro lado, es evidente que se enfatizó en la confección de artefactos ceremoniales dotados de un valor simbólico, que aumenta en la medida en que el tipo de piedra es más escaso y exótico. El arte lapidario fue un rasgo común en esta sociedad, donde jugó un papel importante dentro de la organización social de un grupo humano que se extendió sobre una amplia región. Los hallazgos de piezas similares, realizados en la región de Huayurco llevaron a Rojas y a Lathrap a sugerir que aquel sitio pudo haber sido el taller de origen de una cantidad de platos de piedra pulida encontrados en las tierras bajas del oriente, la sierra norte y la costa del Perú (Burger, 1995: 218). La especialización artesanal es vista así como una pauta que permite hablar de la participación activa en una red de intercambio de corta y larga distancia.

Entre los objetos líticos encontrados en los contextos excavados del sitio sobresalen los recipientes que imitan las figuras geométricas: platos, escudillas y cuencos de varios tamaños. Algunos de estos elementos de vajilla muestran una decoración incisa o grabada en la parte externa, en que la idea de una tetrapartición del espacio circular está presente y es claramente subrayada en el borde y labio de los recipientes, mediante muescas o calados equidistantes en su contorno.

La división del espacio imaginario está igualmente presente en la división bipartita de los campos decorativos, que muestran a menudo una oposición simétrica de los motivos representados. Esto se puede apreciar particularmente bien en uno de los cuencos que fue encontrado en la tumba principal del sitio. Se trata de un recipiente de color rojo marmolado, con dos pares de muescas opuestas, caladas sobre el labio. La cara externa tiene dos pares de motivos grabados idénticos, que se repiten en los

5. Identificación hecha por el Dr. Bernard Gratuze.

cuartos opuestos de la pieza. El elemento más grande representa una figura aparentemente humana, con una anatomía general ambivalente, pues se parece también a la figura de un ave con las alas desplegadas y una cola abierta. La cabeza presenta rasgos humanos faciales muy claros, por lo que se puede interpretar esta figura como la representación de una transformación chamánica de un hombre-pájaro. El elemento menor representa una figura mitológica, que muestra una serpiente de cuyo cuerpo bífido emergen las cabezas de dos aves encrestadas. Este motivo es un elemento iconográfico curioso, pues aparece casi idéntico en un textil encontrado en el sitio peruano, La Galgada, que es contemporáneo con el sitio Santa Ana-La Florida, pero que se encuentra a una distancia considerable, en la sierra occidental del Perú (Grieder et al., 1988) (Fig. 130).

Sin embargo, la noción de dualidad simétrica no sólo es una división por oposición, sino más bien una forma de complementariedad que se expresa de una forma muy particular. Esto es especialmente visible en los grabados de otro recipiente de piedra encontrado en el sitio. El cuenco, trabajado sobre una piedra bicolor, presenta dos series de motivos complejos separados por una línea central que divide los campos decorativos del recipiente. Cada serie tiene un color distinto y está compuesta por tres elementos separados que se unen en un arreglo iconográfico opuesto. En cada grupo aparece en primer término la figura en perfil de un ave crestada con una garra levantada hacia el personaje central. En el primer caso, (a) la figura del medio es una cabeza extraña, vista también de perfil, que muestra un hocico abierto y un ojo prominente que sale de un bloque rectangular. El tercer personaje parece ser un cóndor con una ala desplegada. El todo tiene una coloración gris clara que se opone a la otra mitad del recipiente que es de color rojo. La otra mitad (b), tiene como figura central a un ofidio sonriente y otra representación cefálica extraña, con el mismo ojo prominente que sale de un bloque rectangular. La complejidad iconográfica de estos motivos es perceptible solo parcialmente, si es que no se considera verlo junto a su propia imagen inversa. La representación del desdoblamiento simétrico de un motivo puede revelar su personalidad completa. Utilizando la técnica de *proyección al espejo* se puede completar el trazo de la figura, dotándole de su imagen inversa . El uso de la simetría bilateral es uno de los elementos que permiten leer y comprender la iconografía compleja de la cultura Chavín, pero parece que su aplicación fue ya una práctica bien conocida en la cuenca del Chinchipe, unos 1200 años antes de que se lo utilice en la llamada *primera civilización de América.*

No hay duda de que la noción ideológica de establecer convenciones estructurales en la iconografía, compartidas y comprendidas por un público iniciado fue una práctica establecida desde el Formativo Temprano en la cuenca del Chinchipe.

Otras formas que entran en el campo de la vajilla ritual son los pequeños morteros que reproducen formas de animales o de plantas. Estas representaciones son perfectamente realistas y variadas. Los motivos zoomorfos corrientes representan aves, pequeños mamíferos y ranas; entre los fitomorfos hay una bella representación de la vaina de algún fruto que se asemeja al cacao, pero que bien podría corresponder a alguna planta alucinógena del género de las mimosas (i.e. Anadenanthera peregrina).

Otros ejemplos notables del arte lapidario vienen dados por los ornamentos personales y por las variadas representaciones antropomorfas que se conocen en la cuenca del Chinchipe. La noción temprana de materializar su identidad de ser humano en una materia plástica es propia del Formativo. Los primeros ejemplares que se conocen en el continente americanos son las figurillas cerámicas de Valdivia. La representación que el hombre del Mayo Chinchipe hace de si mismo es en piedra y por ello, es a veces algo cruda y poco naturalista. Se distinguen dos variantes en las representaciones antropomorfas: estatuillas y ornamentos (mascarones y pendientes). En ambas instancias la figura humana tiene ciertos rasgos que, a pesar de sus diferencias específicas, subrayan la unidad estilística. En realidad, hasta ahora estas figuras no son muy abundantes; la mayoría ha sido labrada en piedras claras de grano fino, aunque las hay también en rocas oscuras y ásperas.

Estilísticamente los rasgos comunes, que ayudan a reconocer su carácter, se centran en la cara y en la posición de los brazos y manos. Las efigies no son anatómicamente realistas, algunas son finas, otras algo más burdas, pero todas se diferencian de las representaciones más naturalistas del mundo animal. El rasgo representativo que comparten todas las estatuillas, hasta ahora conocidas, es la posición de los brazos plegados en ángulo sobre sus costados, con las manos cruzadas sobre el pecho. Las extremidades inferiores no siempre están figuradas, pero cuando lo son, aparecen tanto extendidas como plegadas en una posición sentada. El sexo no es aparente, aunque en un caso se distingue un taparabo de apariencia masculina. Por lo que se puede afirmar que no hay una diferenciación de género aparente.

Tanto las figurillas, como los elementos de adorno personal comparten los principales atributos del rostro. La forma general de la cabeza varía entre oblonga a esférica, a menudo aparece una línea horizontal en la parte superior indicando el cabello o algún tipo de tocado. Los ojos son circulares y cóncavos, la nariz tiene un perfil triangular, que en los mascarones es complementada por líneas pronunciadas que representan las cejas y acentúan el ceño. Las orejas no aparecen en las figurillas, pero sí aparecen en algunos adornos, que siempre guardan un mayor grado de detalle. La boca es un trazo horizontal en las estatuillas, mientras que en los medallones se la representa entreabierta con una forma rectangular. Los dientes pueden ser o no ser figurados, pero no hay presencia de colmillos o de otros rasgos que sugieran la identidad de algún animal. Para terminar la descripción de las figurillas antropomorfas hay que mencionar el caso de dos imágenes provenientes de un mismo sitio que aparecen sin cabeza. La una tiene huellas de clara fragmentación, mientras que la otra tiene un cuello alto que parece no haber culminado en una testa. Parecería que quizás hubo una cabeza removible que se insertaba en la protuberancia del cuello. Sea como fuere, la circunstancia se presta a la posibilidad de que ambas figuras hayan sido decapitadas ritualmente antes de ser depositadas en su contexto final.

La última categoría de artefactos líticos corresponde a los distintos elementos de adorno corporal, fabricados en algunas variedades de piedra verde de procedencia aún no determinada. Los trabajos en la terraza artificial del sitio Santa Ana - La Florida permitieron recuperar cerca de dos mil pequeños ejemplares. Esta clase de objetos se compone básicamente de cuentas, pendientes y medallones antropomorfos de turquesa; la gran mayoría de los cuales ha sido tallada para formar cuentas esféricas o rectangulares. Otra variedad son los objetos que han sido regularizados, tallados y pulidos para dar formas zoomorfas específicas, elementos tubulares o simples nódulos amorfos. Las cuentas han sido perforadas por el centro para permitir la sujeción sobre un soporte flexible como un textil, o para ser ensartadas a manera de collar. Los pendientes y medallones tienen varias perforaciones que se prestan igualmente a varias modalidades de sujeción, aunque es obvio que las perforaciones cumplen también una función estética. Determinados elementos han sido grabados con motivos diversos, entre los

cuales sobresale la figura de un ofidio enroscado. Otros motivos incluyen aves, rostros antropomorfos y hasta una tortuga de apariencia acuática. Un ejemplo notable es un nódulo de turquesa en el que se ha tallado en tres dimensiones el cuerpo de una serpiente enroscada, luego de lo cual se ha cortado la pieza en dos mitades verticales, dejando en cada una la cara esculpida del ofidio y un lado interno completamente plano donde se ha gravado la efigie, en perfil, de un ave tropical. Cada una está dotada de un pico largo estriado, un ala plegada y la representación de una garra a proximidad del pico. Así cada elemento tiene una cara externa con una representación de una serpiente y una cara interna con la imagen grabada de un ave. Al comparar las aves se distingue que una es más pequeña que la otra, sugiriendo la diferenciación natural del macho y de la hembra. La perfección del corte permite que ambas mitades encajen la una sobre otra; escondiendo si se desea las figuras internas. Un par de orificios centrales permiten sujetar a cada elemento en una multitud de maneras. La simetría y el balance de las cuatro caras esculpidas son una proeza artística, pero más importante aún es el concepto múltiple de dualidad que la pieza encierra. La figura del nódulo puede ser tomada a su vez como la representación de un huevo, con dos avecillas alojadas en su interior. No hay duda de que estas insignias exóticas reflejaban el rol y el estatus que el poseedor detentaba en su comunidad; por ello era necesario llevarlas consigo al más allá.

Desde el punto de vista tecnológico hay varios rasgos que ameritan subrayarse. El caso de la perforación de las cuentas en si un hecho notable, pues hay casos de orificios que miden menos de 2 mm sobre cuentas que son apenas de un diámetro mayor. La perforación fue realizada por un pequeño taladro lítico que dejó en el corte un perfil bicónico. El instrumento utilizado fue quizás un elemento de cristal de cuarzo. Otra técnica de perforación novedosa consistió en trazar una línea profunda sobre cada cara de la cuenta, de manera que una vaya en sentido horizontal y otra en sentido vertical. El punto de unión de esta cruz interpuesta resulta coincidir en un pequeño orificio central, que luego puede ser ensanchado con una punta fina. Este método de perforación deja como huella característica una ranura transversal sobre cada cara del objeto, la misma que pudo haber servido también como guía para el paso de una hebra de hilo al momento de sujetar el elemento sobre algún material. Otra novedad tecnológica que causa admiración fue la fabricación de pequeños eslabones interconectados de turquesa. El trabajo consistió en labrar dos anillos independientes, pero entrelazados, a partir de una cuenta esférica. Al parecer se inició el dibujo del anillo opuesto, en cada perfil del disco; luego se fue profundizando el trazo mediante canales curvos, a manera de lograr la perforación del disco en cada parte del dibujo. Con un pulido muy fino se fue dando luego la forma a cada una de las argollas interconectadas. Adicionalmente se hicieron pequeñas perforaciones en cada anillo, de manera que se podía unir los eslabones a otros elementos independientes. El trabajo es tan fino y preciso que se puede sobreponer cada elemento para volver a la forma del disco original. Se recuperaron dos eslabones casi idénticos en el mismo contexto de la tumba principal, por lo que se puede pensar que fueron parte de adornos corporales como aretes. Un último elemento ornamental que vale la pena destacar es un dije labrado en cristal de roca o cuarzo transparente, probablemente fue un pendiente. Su forma general se asemeja a un triangulo isósceles, la base del cual está formado por el cuerpo y la cima por una rama angosta que sube para permitir su sujeción. El cuerpo tiene una forma de cápsula abombada, con los extremos terminados en puntas agudas. La rama ascendente es más bien troncocónica, ya que no termina en punta sino que presenta el extremo achatado. A poca distancia del extremo superior presenta una ranura en todo el contorno, que probablemente sirvió como soporte para la fijación de un cordón. Toda la pieza ha sido regularizada en redondo por pulido, y de hecho no presenta facetas angulares. No tiene perforaciones, ni decorados, su transparencia es algo opaca debido al

pulido que presenta sobre toda la superficie. Estas características son notables si se considera la dureza natural del material (7 en la escala de Mohs) que dificultó el trabajo al impedir la utilización normal de los instrumentos líticos usuales. Es posible que el dije haya sido trabajado mediante un desgaste prolongado y controlado del cristal sobre un abrasivo rico en arena del río. La ranura que presenta en su extremo superior debió haber sido hecho con una piola mojada, recubierta de arena. O quizás se utilizó algún punzón de cristal de cuarzo. La pieza apareció en medio un pequeño depósito entre un arreglo de piedras, que pudo haber sido parte del acomodo de un entierro secundario. Por sus dimensiones (31mm x 24mm x 12 mm), su forma general y la transparencia de su materia prima, este objeto debió haber sido un adorno personal muy preciado.

Discusión y conclusiones tentativas

De la Costa Pacífica al Marañón

La revisión de las evidencias tempranas de la ceja de montaña oriental impone la discusión de una serie de implicaciones que están implícitas en ellas. Parecería que la noción del Formativo, planteada por Ford (1969) y sus discípulos en el Ecuador: Meggers, Evans y Estrada, debe confrontarse con las nuevas evidencias de la Costa, Sierra y Oriente. Por un lado, la cronología ha variado notablemente con cientos de nuevos sitios que traen nuevas evidencias de los modos de vida en los distintos medios ecológicos. El concepto que pretendía ver a los agricultores incipientes de la Costa como los iniciadores del sedimentarismo, hoy resulta obsoleto. El proceso de la domesticación de plantas y animales se dio en la Costa, Sierra y Amazonía, con la horticultura en las zonas neotropicales como un factor decisivo en el proceso. En la Costa, la agricultura intensiva de maíz y otros granos se dio relativamente temprano durante el Formativo (Pearsall, 2003). Al parecer, el sustento estable basado en maíz y rizomas se dio igualmente en épocas tempranas en la selva del otro lado de los Andes. Las implicaciones sociales de estos procesos son palpables en la cultura Mayo Chinchipe, en lo que se refiere a la especialización del trabajo artesanal (alfarería, lapidaria, textiles, etc.) y en el desarrollo de una amplia red de interacciones a corta y larga distancia. La ritualidad que implica el calendario agrícola se manifiesta a menudo en la aparición y el desarrollo de centros cívicos ceremoniales, donde la manifestación física de algún tipo de jerarquización social se hace cada vez más patente. La evidencia arquitectónica y funeraria del sitio Santa Ana-La Florida parece ser una muestra temprana de esta expresión social. La riqueza y la variabilidad de recursos estratégicos (conchas marinas, turquesas, cristal de roca) que aparecen en los ajuares funerarios tempranos de la cultura Mayo Chinchipe no tienen paralelo en las tumbas de la Costa o de la Sierra de la misma época.

Una segunda constatación que se puede hacer, a la luz de la evidencia recientemente encontrada, demuestra que las sociedades ubicadas en distintos medios ecológicos manejan formas específicas y especializadas de confrontar las limitaciones de su escenario ambiental. Estos procesos son el motor que lleva a la complejidad de las sociedades y, en muchos casos, formaciones sociales con una organización "compleja" aparecen muy temprano. La cronología tradicional para el surgimiento de las sociedades complejas se ve de pronto rejuvenecida. Cada vez más, se ve que la llamada "alta cultura" que manejaban las sociedades precolombinas no es un fenómeno que se da con el avenimiento del período de Desarrollo Regional. Cada vez hay mayores indicios de que la complejización social aparece en distintas latitudes, desde el tercer milenio antes de Cristo. Evidentemente este cambio no solo es un problema cronológico, sino sobre todo un cambio ideológico. Antes se pensaba que la cultura era un proceso que se inicia en alguna parte y en un medio no conocido, que llega por la costa y que paulatinamente avanzaba hacia la sierra, sin llegar a la amazonía hasta épocas muy tardías (fin del primer milenio AD o hacia la parte final del Desarrollo Regional). La uni-direccionalidad del proceso es evidente y por eso la costa siempre pareció estar culturalmente más desarrollada. Según el esquema tradicional, los procesos propios de la llamada civilización comienzan a fraguarse y florecer a partir del Formativo Tardío con Chorrera.

En este mismo sentido, se ve que con el paso de los años, la necesidad de ubicar los orígenes de las manifestaciones culturales innovadoras se ha vuelto menos importante que el comprender los procesos sociales que llevan a este desarrollo. Fenómenos como la alfarería, la metalurgia o el uso de otras innovaciones tecnológicas son ahora estudiados en contextos procesuales más amplios. El difusionismo, como motor del cambio o de la innovación tecnológica, ha dejado de tener vigencia explicativa. En la actualidad, la academia prefiere hablar en términos de interacción social. Mediante este concepto se favorece la comprensión de las relaciones y de los tipos de contacto que se dieron entre los individuos y los pueblos a través de los tiempos. La acción social, sus distintas motivaciones y sus formas de interacción llevan a la evolución social y al adelanto tecnológico. El fenómeno humano tiende a la comunicación entre pares como un medio de adaptación para resolver los problemas de integración al medio y al aprovechamiento amplio de sus recursos. En este sentido, la nueva evidencia que demuestra la existencia de sociedades que denotan una complejidad social temprana en los territorios orientales es muy reveladora. De hecho, se puede observar que estas manifestaciones surgen y se mantienen gracias a una larga historia de interacciones entre la Amazonía, la Sierra y la costa del Pacífico. La antigüedad de los vestigios descubiertos en Palanda es sorprendente, y al encontrarlos en una zona intermedia entre sierra y oriente se podría argumentar que su origen procede de cualquiera de los dos extremos opuestos. Las implicaciones culturales de cualquiera de las posibilidades despiertan la polémica en el campo teórico. La noción de un origen amazónico ha sido muy criticada desde que Tello y Lathrap argumentaran el carácter primigenio que ha tenido el bosque tropical (Tello, 1942, 1960; Lathrap, 1970). Tradicionalmente se ha sostenido que la selva no es el medio más propicio para que se generen manifestaciones culturales complejas. Se ha repetido constantemente que la costa marítima o la sierra templada fueron ambientes más adecuados para el desarrollo sociocultural. Evidentemente, ante la originalidad de los hallazgos de Palanda conviene ahora postular una tercera opción, en la que el origen local de las manifestaciones complejas es una consecuencia del contacto entre ambos mundos (costeño-serrano/amazónico). Los medios de transición pueden ser en realidad espacios, que por su variabilidad ecológica, se presten bien a la innovación adaptativa que promueve nuevas tendencias e innovaciones importantes en el quehacer social.

Con estas ideas en mente conviene ahora discutir algunos puntos que nos revela la nueva evidencia de las sociedades tropicales del Este de los Andes. La interacción social temprana que se infiere de la presencia de conchas marinas del Pacífico y de otros objetos que se pueden calificar de suntuarios, provenientes de regiones aún no bien identificadas, es ciertamente el mecanismo que puso en contacto a varios pueblos en una ruta que se pudiera denominar "la conexión Pacífico / Marañón". Es notable el hecho de que los recursos estratégicos que se intercambian tienen un carácter marcadamente ideológico. La presencia de la díada Spondilus/Strombus en contextos tempranos y tan lejanos de su lugar de origen, habla ya de la noción andina de la dualidad simbólica de estas conchas del mar Pacífico cálido. En ellas se encierran nociones de poder sobrenatural, de fertilidad, de alimento - contacto con los dioses y, en términos generales, de la redistribución de la riqueza que se da entre un jefe y sus súbditos (Murra, 1975). En la interacción social que se imprime entre regiones tan distantes, resulta obvio que el valor comercial de los bienes no era el interés primordial, sino más bien la fuerza sobrenatural que los bienes podían transmitir y asegurar a sus promotores. Del litoral venían las conchas sagradas, pero de la selva ¿qué podía interesar a los costeños? y más importante aún, ¿qué podía interesar a todos los actores intermedios de la gran ruta?

La otra evidencia simbólica que llama la atención en los contextos funerarios de Palanda es el uso de plantas y productos relacionados con el chamanismo. El uso de la coca, de polvos alucinógenos y bebidas rituales está presente en los instrumentos que acompañaban a los difuntos del sitio Santa Ana-La Florida al más allá. Estas plantas son más bien originarias del medio tropical selvático, donde los chamanes tienen, hasta hoy, la reputación de ser poderosos por la calidad de las plantas que emplean en sus actos de curación o de adivinación. Parecería que los nativos de la ceja de montaña oriental podrían haber sido los proveedores de la tecnología chamánica, así como de sus plantas y de sus implementos sagrados. La ideología chamánica junto con sus bienes e implementos de poder podrían haber sido los "productos" que viajaban de este a oeste por las rutas del Marañón al Pacífico. Para sustentar tentativamente esta hipótesis vale revisar las evidencias de la cultura Mayo Chinchipe en una dimensión regional.

Como se ha dicho antes, el arte lapidario está presente a lo largo de toda la cuenca del Chinchipe, desde la sierra de Loja hasta las tierras bajas orientales de Bagua, en la región del río Marañón (Shady y Rosas La Noir, 1979). Todos los objetos comparten los rasgos estilísticos que denotan una misma concepción cosmológica. La cultura del Chinchipe es una cultura de bosque tropical con manifestaciones ideológicas que reflejan un respeto sagrado hacia las expresiones simbólicas de las fuerzas rectoras de la naturaleza tropical: la serpiente, el felino, el águila... (Lathrap, 1970:45-47). En estos conceptos hay un afán y una necesidad de intermediación. Se sabe que en las sociedades tribales el chamanismo fue una institución poderosa con gran incidencia como factor de cohesión social. El chamán fue el intermediario entre la sociedad y las fuerzas cósmicas que rigen la vida y la muerte. Su figura en la cuenca del Chinchipe está omnipresente en las distintas manifestaciones de la cultura material. Los implementos y recipientes de piedra, las vasijas y botellas de cerámica, los amuletos y ornamentos están cargados de imágenes que evocan las fuerzas del bosque primigenio. En todas ellas se percibe la dualidad de lo tangible y de lo aparente. En esta dualidad la intermediación se construye como una necesidad social.

El uso de recipientes de piedra en contextos rituales chamánicos no es exclusivo a la región del Chinchipe. Al parecer ritos semejantes se practicaban, tanto en la costa como en la sierra del Ecuador y del Perú. Cuencos y morteros de piedra, con una iconografía particular, se fueron difundiendo a través de los Andes desde el 3000 a.C. en un contexto ceremonial común (Peterson, 1984). Entre

los ejemplos que mencionaba Emil Peterson constan los sitios de Cotocollao (1800-500 aC), en la sierra norte del Ecuador y la Huaca Huayurco en las márgenes del río Chinchipe, cerca de su confluencia con el Marañón (Rojas, 1985). Peterson pensó que desde épocas tempranas pudo haber existido una esfera de interacción, ligada al intercambio de conchas marinas entre costa, sierra y oriente, en la que la producción y uso de recipientes líticos finos era un aspecto importante. Mencionaba la tesis de Lathrap (1970:108-109), según la cual Huayurco pudo haber sido un centro de producción y redistribución de este tipo de recipientes ceremoniales. La evidencia encontrada en Palanda puede ser un eslabón temprano en el circuito ideológico propuesto. En este mismo sentido, se debe mencionar el caso de los morteros de piedra, con representaciones zoo y fitomorfas que son indicativos de un mismo ritual. Es obvio que estos instrumentos estuvieron ligados a la preparación de algún elemento especial. Ejemplos etnográficos muestran que pequeños morteros zoomorfos sirven para preparar sustancias psicotrópicas (rapés o snuffs hechos a base de semillas de Anadenanthera peregrina), que luego son inhaladas en el ámbito de ceremonias particulares. La identificación de morteros zoomorfos de piedra en contextos costeros de Valdivia 8 demuestran la contemporaneidad de estos elementos a través del territorio (Zeidler, 1988).

El uso de piedras verdes es otro factor constante en los depósitos excavados en el sitio Santa Ana- La Florida. El uso de piedras de color verde para la fabricación de ornamentos y amuletos no es casual. El color verde aparentemente fue apreciado como símbolo de vida, fertilidad y abundancia. Se lo asocia instintivamente a la vegetación, y por asimilación al proceso de crecimiento cíclico que implica muerte y renacimiento continuo. Es por ello un símbolo de la inmortalidad, de fuerza y de energía que se trasmite y se recarga. Arqueológicamente se sabe que desde el neolítico al color verde se le asocia un carácter profiláctico o de protección contra los demonios o malos espíritus que viven en el bosque o en el cielo (Varichon, 2005). El verde es por ello un color protector, cargado de energía positiva y sinónimo de vida. Al mezclar la noción del verde a la dureza y persistencia de la piedra se obtiene una metáfora contra la corrupción física que caracteriza al verde de la vegetación. Así, la elección de materias primas valorada por su color y por el simbolismo asociado fue un hecho conciente en el que, además, la piedra escogida cobraba valor por lo escaso o lo exótico de su procedencia.

La cuenca hidrográfica del Mayo Chinchipe es probablemente la zona en el Ecuador de donde ha salido la mayor cantidad de elementos de turquesa precolombina. La región sur oriental del país es conocida por los depósitos minerales que contiene, por lo que la presencia de materias como la malaquita, la amazonita y la crisocola no debe sorprender. Sin embargo, hasta ahora no se conoce de ninguna fuente de turquesa en la región. La presencia masiva de turquesas en los contextos rituales del Mayo Chinchipe sugiere que debería haber un depósito importante en el área general de este territorio, desafortunadamente aún no se lo ha localizado. No obstante, tampoco se puede descartar el hecho de que las fuentes estuvieron situadas a una distancia considerable de la cuenca. La presencia de turquesas en este territorio puede ser un indicador notable de la existencia de una amplia red de relaciones interregionales que suministraban productos exóticos a zonas muy distantes entre si. Al hablar de interacciones en la ruta Pacífico / Marañón es indudable que los pobladores de las áreas próximas a los yacimientos, recogían o extraían los minerales verdes para intercambiarlos (labrados o no) por otros productos que no se encontraban en su medio. Las zonas mineras de la actual Zaruma, Loja, Azuay o del Cañar debieron haber sido el paso obligado del comercio entre costa, sierra y oriente. Así las piedras de color verde debieron haber viajado ampliamente, a través de los tiempos, entre los actores de las distintas esferas de interacción. Un estudio de las fuentes de las materias primas y de los objetos elaborados a partir de ellos, en distintas

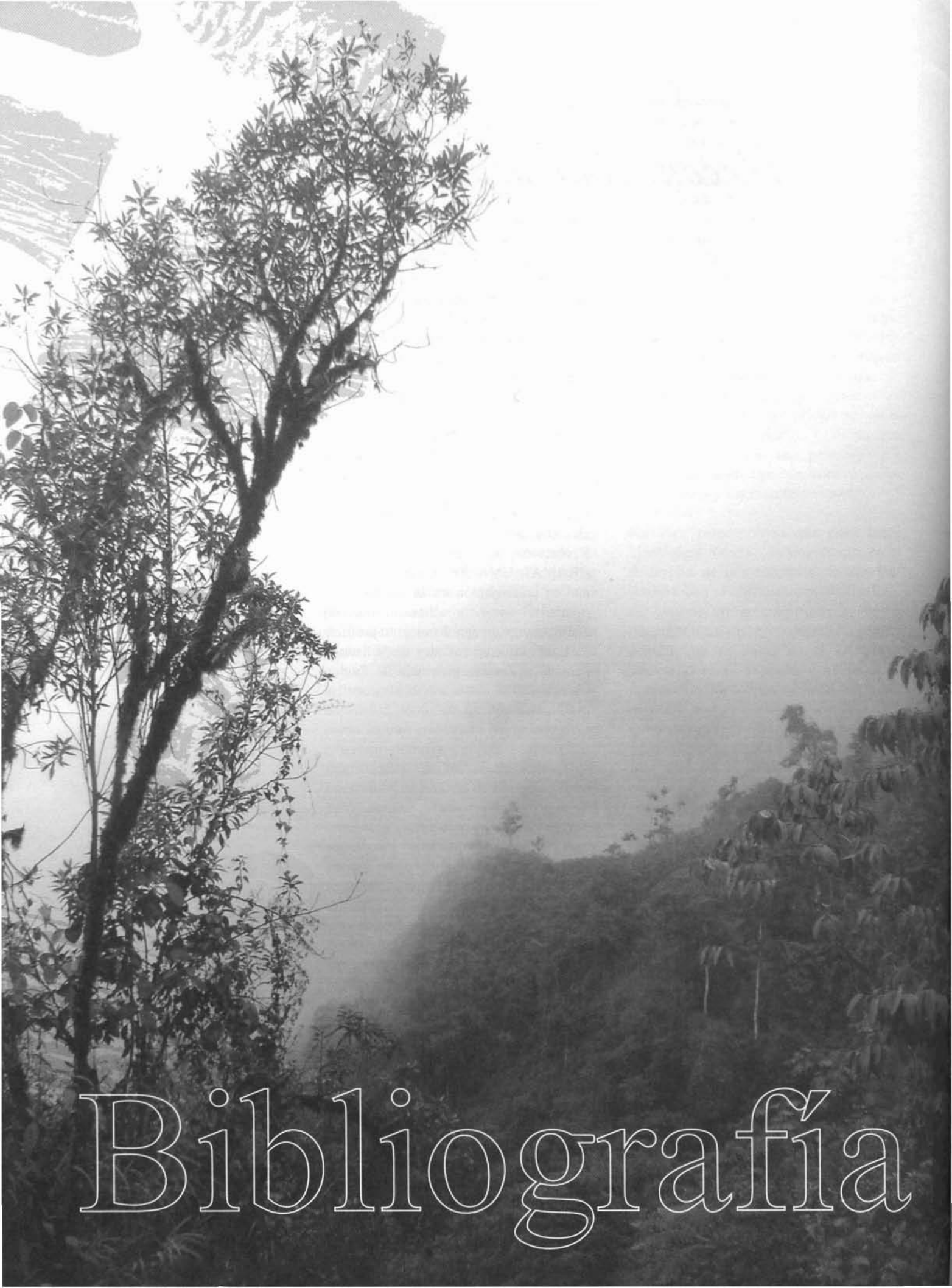
partes de la ruta será muy útil para establecer los límites y la importancia de los distintos actores. Así por ejemplo, se podría comprender el origen y las implicaciones de la presencia de las cuentas y de los medallones de turquesa que aparecen, desde épocas del Formativo, en la costa, la sierra y en el oriente. Un tal estudio comparativo podría dar luces sobre el origen de los ejemplares encontrados en el sitio Santa Ana-La Florida y aquellos (tipológicamente similares) de contextos Valdivia, que se exponen en el flamante museo del MAAC en Guayaquil. Según Jorge Marcos, estos últimos podrían ser de filiación Valdivia 7 u 8 (Comunicación personal).

La variedad y calidad de los materiales encontrados y sus implicaciones sugieren la importancia de contactos e interacciones tempranas entre los pueblos de los dos lados de los Andes con las comunidades costeras del Pacífico. La presencia de bienes exóticos tales como conchas marinas simbólicas, turquesas y otras piedras finas de diversos colores y calidades escultóricas argumenta la hipótesis de que los poseedores de la cultura Mayo Chinchipe participaban activamente en una esfera de interacciones expansiva, tanto en un eje Este /Oeste, como en otro en sentido Norte/Sur. No se conocen todavía cuales fueron las modalidades o los mecanismos que intervenían en esta red de comunicaciones, pero parece muy probable que los miembros influyentes de las distintas sociedades habrían establecido, desde épocas muy tempranas, conexiones pan regionales para obtener los recursos estratégicos que les eran de tanta importancia en su vida social (Bruhns, 2003). Así, la presencia de elementos simbólicos pan andinos, como son el pututo y las valvas del Spondylus abundan a lo largo de la cuenca del Chinchipe desde épocas muy remotas. Parece que su importancia ideológica, como elementos de poder propiciatorios de la fertilidad, y de la repartición simbólica de la riqueza (Murra, 1975; Marcos, 1995 a y b), fue compartida por todos los pueblos de zonas tan remotas como Jaén o Bagua. Cada región pudo haber participado en esta esfera aportando elementos simbólicos hechos con los recursos naturales y tecnológicos de su medio. En este sentido, la riqueza de la ceja de selva pudo haber ayudado a ejercer un papel protagónico introduciendo elementos vegetales cargados de poder espiritual (coca, psicotrópicos, venenos, plantas medicinales, etc.) que eran transportados, preparados y consumidos en los artefactos de cerámica o de piedra que caracterizan a la cuenca del Chinchipe. La fuerza de los temas iconográficos sugieren que la selva y sus elementos vitales eran una fuente importante de poder chamánico que se expresaba en ritos y ceremonias comunales. La manipulación de estos valores tuvo necesariamente un impacto socioeconómico en las personas que detentaban algún tipo de control sobre estas fuerzas y sus manifestaciones.

Por ello, parece obvio que estos lazos ideológicos fueron muy importantes en el desarrollo de una identidad común Pan Andina, con el afianzamiento del poder y en general en la estructuración de la organización social homogénea. La cultura común que se inicia en el Formativo Temprano se va expandir a través de la interacción ideológica y será un factor esencial en el desarrollo de las altas culturas Andinas. Para comprender este proceso hoy se hace necesario un estudio integrado de la nueva evidencia sobre patrones de asentamiento, innovaciones tecnológicas, usos del espacio y sus recursos, así como de la evidencia estilística en las tipologías cerámicas y líticas. Solo así se podrá comprender las diferencias y las similitudes del Formativo en las distintas regiones del país.

Reconocimientos

El presente trabajo es fruto de una investigación llevada a cabo dentro del marco del convenio de Cooperación Científica y Asistencia Técnica firmado entre el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) y el Institut de Recherche pour le Développement (IRD de Francia). El equipo de investigación está compuesto por Alexandra Yépez, Julio Hurtado, Geoffroy de Saulieu, Gaetan Juillard y el autor. Se deja constancia de reconocimiento a Jean Guffroy, y en especial a Laurence Billaut del UR. 092 del IRD por el excelente trabajo en muchas de las gráficas presentadas. De igual manera, al Prof. Jean Noel Barrandon y al Dr Bernard Gratuze del Institut de Recherche sur les Archéomatériaux (IRAMAT, UMR 5060), CNRS, Orléans, por su colaboración en la identificación mineral de muchas muestras. Naturalmente un agradecimiento profundo va para las comunidades de Valladolid, Palanda y Zumba, provincia de Zamora Chinchipe.



Bibliografía

Lathrap, Donald W., Donald Collier, y Helen Chandra,
1975, *Ancient Ecuador: Culture, Clay, and Creativity, 3000-300 BC.* Field Museum of Natural History, Chicago.

Ledergerber, Paulina, (ed.),
1999, *Formativo Sudamericano: Una Revaluación,* Abya-Yala, Quito.
1995. "Factores Geográficos en la localización de sitios arqueológicos. El Caso de Morona-Santiago, Ecuador. Un informe preliminar". En: *Cultura y medio ambiente en el área andina septentrional,* M. Guinea, J. F. Bouchard y J. Marcos (eds.). Quito: Colección 21:343-375, Abya-Yala.

Marcos, Jorge G.,
1978, The ceremonial precinct at Real Alto : organization of time and space in Valdivian society. Disertación Doctoral, Deparment of Anthropology, University of Illinois. Urbana-Champaign.
1995a, El manejo del agua en el variado medio ambiente del área septentrional andina a partir del tercer milenio AC. En: *Cultura y Medio Ambiente en el Area Andina Septentrional,* eds Mercedes Guinea, Jean François Bouchard y Jorge Marcos, pp. 129-164. Biblioteca Abya Yala # 2, Quito.
1995b, El mullo y el pututo: la articulación de la ideología y el tráfico a larga distancia en la formación del estado Huancavilca. En: *Primer Encuentro de Investigadores de la Costa Ecuatoriana en Europa. Arqueología-Etnohistoria, Antropología Sociocultural,* eds A. Álvarez, Silvia Álvarez, Carmen Fauría y Jorge Marcos, pp. 97-142. Ediciones Abya Yala, Quito.
2003, A reassessment of the Ecuadorian Formative. *In Archaeology of Formative Ecuador,* J. Scott Raymond y Richard L. Burger eds., pp. 7–32. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Meggers, Betty J., Clifford Evans, y Emilio Estrada,
1965, *Early Formative Period of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases.* Smithsonian Contributions to Anthropology, N° 1. Washington, D.C.

Murra, John V.,
1975, El tráfico de mullu en la costa del Pacífico. En: *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino,* editor John Murra, pp. 255-267. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Pearsall, Deborah M.,
2003, Plant food resources of the Ecuadorian Formative: an overview and comparison to the Central Andes. In *Archaeology of Formative Ecuador,* J. Scott Raymond y Richard L. Burger, eds. pp. 213–257. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Peterson, Emil,
1984 Morteros Ceremoniales : The Early Developement and Distribution of a Decorated Stone Bowl Tradition in Northwest South America. En : *Social and Economic Organization in the Prehispanic Andes.* D.L. Broman, R.L. Burger, y M.A. Rivera, eds. Pp. 21-21. Oxford : B.A.R. International Series 194.

Porras, Pedro,
1975, *Fase Pastaza. El formativo en el oriente ecuatoriano,* Separata de la Revista de la Universidad Católica, año III, n° 10, Quito.
1978, *Arqueología de la Cueva de los Tayos,* Pontifica Universidad Católica del Ecuador, Quito.
1987a, *Investigaciones arqueológicas en las faldas del Sangay.* Tradición Upano, Quito.
1987b, *Nuestro Ayer. Manual de Arqueología Ecuatoriana,* Pontifica Universidad Católica del Ecuador, Quito.

Rampón, Lino,
1959, "Sitio Arqueológico F.P.", *Cuadernos de Investigaciones Científicas,* n°1, Arqueología. Quito, Misiones Católicas de la Amazonía.

Rojas Ponce, Pedro
1985 La Huaca Huayurco, Jaén. En: *Historia de Cajamarca,* Vol. 1, Arqueología, compilado por F. Silva Santiesteban et al, Instituto Nacional de Cultura , pp. 181-186. Cajamarca.

Shady, Ruth y Hernán Rosas La Noire,
1979, El Complejo Bagua y el sistema de establecimiento durante el Formativo en la sierra norte del Perú. *Ñawpa Pacha* 17:109-142.

Staller, John,
1994, Late Valdivia Occupation in Southern Coastal El Oro Province, Ecuador: Excavations at the Early Formative Period (3500-1500 B.C.):Site of La Emerenciana. Disertación Doctoral, Department of Anthropology, Southern Methodist University, Dallas.

Tello, Julio,
1942, Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Prehistóricas. *Actas del XXVII Congreso de Americanistas* (1939).Librería e Imprenta Gil, Lima.
1960, *Chavín Cultura Matriz de la Civilización Andina.* Publicación Antropológica del Archivo « Julio C. Tello » Universidad de San Marcos, II, Lima.

Temme, Matilde,
1999, El Formativo en Putushío—sierra sur del Ecuador. *In Formativo Sudamericano: Una Revaluación,* Paulina Ledergerber-Crespo ed., pp. 124–138. Abya-Yala, Quito.

Valdez, Francisco,
2007 a, El Formativo Temprano y Medio en Zamora Chinchipe. En: *Reconocimiento y Excavaciones en el Sur Andino del Ecuador.* (D. Collier y J. Murra), Malo, B. ed, pp. 425-465, Casa de la Cultura núcleo Azuay, Cuenca.
2007 b, Un Formativo Insospechado en la Ceja de Selva: El Complejo Cultural Mayo Chinchipe. En: *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década : Aportes, Retos y nuevos temas,* García, F., Pp. 549-576, FLACSO, Quito.
2007 c, Mayo Chinchipe : une porte ouverte, en Equateur. *L'Art Secret de l'Equateur Precolombien,* D. Klein et I. Cruz eds., 5Continentes, Pp. 321-349, Milano.

Valdez, Francisco, Jean Guffroy, Geoffroy de Saulieu, Julio Hurtado y Alexandra Yépez,
2005, *Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes*. C. R. Paleovol 4: 369–374.

Varichon, Anne,
2005 *Couleurs, Pigments et teintures dans les mains des peuples,* Editions du Seuil, Paris.

Villalba, Marcelo,
1988, *Cotocollao: Una Aldea Formativa del Valle de Quito.* Serie Monográfica 2, Miscelánea Antropológica Ecuatoriana. Museo del Banco Central del Ecuador, Quito.

Willey, Gordon R. y Philip Phillips,
1958, *Method and Theory in American Archaeology.* University of Chicago Press, Chicago.

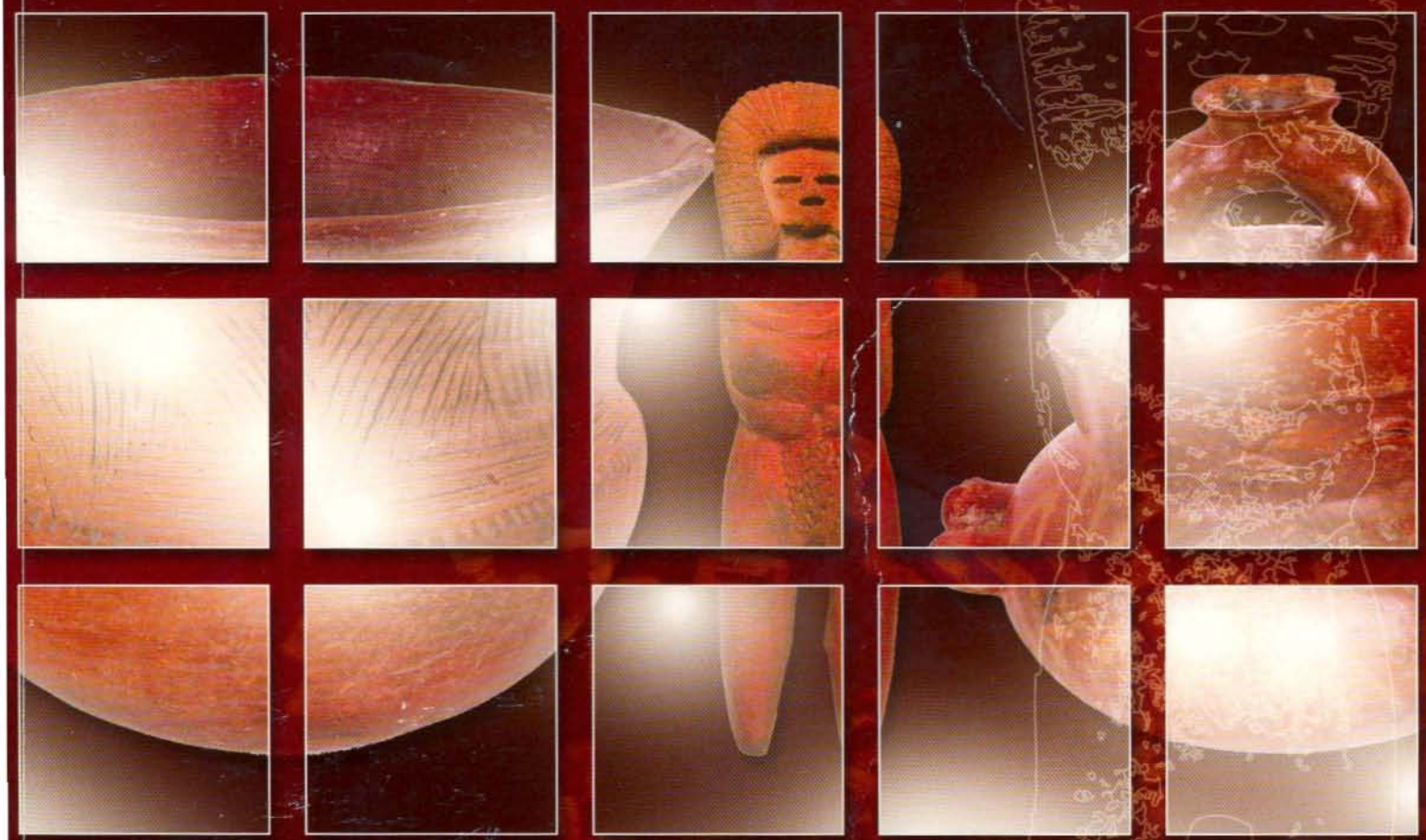
Zeidler, James,
1988, Feline Imagery, Stone Mortars, and Formative Period Interaction Spheres in the Northern Andean Area. *Journal of Latin American Lore* 14 :2, 243-283.

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

MISCELÁNEA ANTROPOLÓGICA ECUATORIANA

Segunda Época
Año 1 - Nº 1

La Cultura Valdivia y el Proceso Formativo Ecuatoriano



Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador
(DIRECCIÓN CULTURAL REGIONAL COSTA)

MISCELÁNEA ANTROPOLÓGICA ECUATORIANA

Segunda Época
Año 1 - N°1

Boletín de los Museos
del Banco Central del Ecuador

Guayaquil, 2008